

estos objetos los mejor pulimentados son los mejicanos. Los adornos de los cacharros consistían generalmente en líneas geométricas grabadas, siendo la predilecta la línea en zig-zag: entre los orejones encontramos anchos vasos de gran belleza con originales líneas de esta clase trazadas por el indicado procedimiento, mereciendo también ser citados por Ihering los elegantes cacharros pintados de Río Grande do Sul. Además de la confección de cacharros á mano con la juxtaposición de tiras de arcilla, empleábanse también para esa fabricación los moldes de calabaza ó de cestas entrelazadas sobre los cuales se colocaba el barro, llegándose á confeccionar vasijas de 40 litros de cabida. Entre los guaranis se encuentran urnas funerarias en las cuales se depositaban los cadáveres. En los territorios del Norte aparecen también objetos caprichosos como pájaros y pequeñas canoas que indudablemente pertenecían al ramo de juguetes y en el Yucatán se han descubierto figuras de arcilla, modeladas á mano unas y sobre moldes otras, representando hombres ora vestidos ora desnudos y tatuados, que servían de carracas, de flautas y de títeres; también se han encontrado animales fabricados de la misma manera. No escasean las urnas rostrales cuya individualización permite á menudo suponer que son «urnas-retratos»; en las que Hart vió en la isla Marajó había encerrados algunos huesos. Los natchez nos presentan en esta industria una riqueza de formas y pureza de trabajo que ya vemos ensalzadas por el cronista de Soto, el caballero de Elvas, quien las compara con los objetos de arcilla de Naguatex y con los famosos productos de Montemor y de Estremoz, de Portugal. Entre las tribus occidentales los mandanes eran buenos alfareros y en la actualidad todavía fabrican los gauchos sus cacharros por el procedimiento indio.

Es un hecho interesante también la existencia de pueblos que si bien conocen algo ese arte no lo ejercitan. El nombre de los assiniboines significa literalmente «cocedores de piedra» y les fué aplicado por su costumbre de calentar los líquidos en pellejos por medio de piedras candentes, costumbre tanto más extraña si se tiene en cuenta que este pueblo es una rama de los siouxes, tan familiarizados con la alfarería, y vive junto á los mandanes que á tanta altura han sabido elevar este arte. También los indios californianos desconocían la alfarería; en sepulturas más modernas encontró Schumacher algunos objetos que denotaban una tentativa quizás promovidá por la presencia de modelos españoles, pero en cinco años de excavaciones se redujeron estos hallazgos á una tosca escudilla, á una urna deforme y á algunos fragmentos de pipas de tierra. Tampoco cultivaron la alfarería los americanos del Noroeste, tan hábiles en otras artes, cuya actividad artística é industrial tomó una dirección muy distinta gracias al empleo casi exclusivo de la piedra y sobre todo de la madera que esculpían de una manera admirable. Desconocen asimismo la alfarería los habitantes de la Tierra del Fuego, los chonos y los patagones, pueblos todos residentes en las comarcas meridionales de la América del Sud. La causa de la falta absoluta de este arte puede estribar en muchos casos en la excesiva abundancia de cortezas de calabaza que son muy á propósito para ser utilizadas como cántaros, vasos, platos, tazas y botellas. En cambio en el territorio meridional y central del Plata aparecen urnas funerarias de más de medio metro de alto y otro tanto de ancho destinadas á contener cadáveres enteros.

Los monitarris ó hidatsas se dedican, según W. Mathews, á la fabricación del cristal; este autor se inclina á atribuir gran antigüedad á esta industria de los indios. En la actualidad encontramos en aquel pueblo dos clases de pro-

ductos de cristal, á saber: grandes cuentas redondas ó elípticas y planchas ó dijes planos de forma triangular irregular barnizados por un solo lado y agujereados en uno de sus ángulos. Ya en 1804 cuando los arikarris y los mandanes empezaron á darse á conocer, decían Lewis y Clarke que los primeros fabricaban cuentas de cristal empleando para ellas no las primeras materias sino el polvo de las cuentas que obtenían del comercio con los blancos. «En la actualidad — dice Mathews — sigue prosperando esta industria aunque limitada á las planchas triangulares fabricadas con arcilla y revestidas de flujo.» Estas planchas triangulares se llevan como signo de desposorio, colocándose en la frente las muchachas que desde muy niñas han sido prometidas por sus padres á algún hombre. A Catlin le sorprendieron las cuentas de cristal azul que encontró entre los mandanes.

Al ocuparnos del traje hemos ya visto que en algunos puntos se fabrican excelentes tejidos. Los torteros de piedra ó de arcilla destinados á los husos pertenecen al número de los objetos con más frecuencia hallados en las Américas central y meridional, al paso que en la septentrional parece limitada su existencia en los territorios elevados del Oeste. El tejer es por regla general de la incumbencia de las mujeres, pero en algunas tribus de la Guayana encontramos este trabajo más repartido entre los dos sexos, pues mientras el hilado de los hilos de algodón para las hamacas corresponde á las mujeres que se valen para ello de un huso hecho con un palo de madera muy dura y un pedazo de hueso, los hombres están encargados de la confección de los cordones para los collares y de toda otra clase de hilos y guitas. Las mujeres de los galchaqués de Tucumán son citadas como excelentes tejedoras. El arte de tejer de los peruanos tenía sus ramificaciones en Chile del mismo modo que el de los mejicanos florecía en Nuevo Méjico y en Arizona. Pero los que más sobresalieron en esta industria fueron los americanos del Noroeste de quienes cita Cook como el producto mejor de su trabajo una tela fabricada con la corteza de una clase de pino previamente reducida á fuerza de golpes á una sustancia muy parecida al cáñamo: ésta era luego anudada para lo cual la trabajadora con hebras de hilo hacía nudos en el cáñamo, obteniendo de este modo unos hilos separados unos de otros cosa de media pulgada con los que se fabricaba una tela sino muy recia muy blanda y flexible. También eran hilados y tejidos los pelos de zorro y de lince pardo con los cuales se obtenían no sólo telas sencillas sino también embellecidas con multitud de adornos. El grueso de las telas era vario: «Algunas — dice Forster — se parecen á nuestras frisas más bastas; otras se aproximan á las clases más finas de nuestras flanelas á las cuales aventajan en suavidad y calor.» Este arte ha desaparecido también rápidamente, sobre todo en esas costas tan á menudo visitadas por tratantes en pieles y por pescadores.

Como plantas que producen cortezas para telas pueden ser citadas: el moral, el chopo, el tilo, el *Taxodium*, una especie de olmo (el *Slippery Elm* de los norteamericanos) y la *Asimina*, á las que se agregan en la América del Sud las especies de *Ficus*. Lloyd, en su descripción del istmo de Darien, dice que los indígenas fabrican con el jugo del cauchú una tela impermeable «siguiendo el mismo procedimiento que en Inglaterra.» Según Adair, los muskokis pintaban en sus telas vegetales tejidas animales y escenas de combates de diversos colores. En la costa noroeste de América no se emplea para la confección de las tan importantes guitas otro material que los tendones de animales, la corteza y los intestinos, á pesar de lo cual las cuerdas

de tendones trenzadas de cuatro cantos con que atan sus arpones reúnen las mejores condiciones que desearse pueden.

El arte de los trenzados (véase el grabado de la p. 49) es de incumbencia de las mujeres hasta la Tierra del Fuego. La confección de cestas impermeables es cosa corriente en muchas tribus: las cestitas así tejidas y en forma de platos de los moquis son seguramente las que Virchow encontró tan parecidas á los platos tejidos del Sudán que con facilidad podían confundirse con éstos. Los pimas saben tejer esta clase de cestas con intestinos y con corteza adornándolas con pinturas negras y encarnadas que recuerdan en parte los dibujos de sus cacharros. En California las delgadas fibras de las raíces de los árboles coníferos son una de las primeras materias para el arte del entrelazado que en este país sobresale en la confección de vasijas impermeables y de gorros semiesféricos con dibujos. Los cestos y las bolsas de entrelazado forman aquí, como entre los dajakes y otros malayos, parte del equipo de los guerreros.

El sistema de preparación de cueros que tienen los indios recuerda los métodos empleados por los hiperbóreos. Los norteamericanos saben ablandar las pieles sin quitarles el pelo: para ello comienzan por tenderlas bien estiradas á la sombra y por frotarlas con una mezcla de orines frescos de búfalo y arcilla conservándolas húmedas durante muchos días; luego las frotran con seso y finalmente las secan y rascan ó las ablandan pasándolas repetidas veces sobre un pedazo de madera y las exponen á la acción del humo. En el Misuri y entre los ankas de la América del Sud encontramos el mismo rascador en forma de cuchara con dientes clavados en su cara delantera. Los gauchos de la América meridional no curten aún las pieles que para tantos fines necesitan y llevan todavía sus antiguos macasines de piel á los cuales dan forma dejándolos secar en los pies. La noticia de Schoolcraft de que los dakotas curten con corteza de roble se explica con razón partiendo del principio de que lo hicieron así por excitación de los blancos.

Ojeando simplemente los productos de la actividad artística de los indios se ve que hubo de existir en estos pueblos cierta división del trabajo. Carlos Rau ha hecho notar que entre las armas de piedra fabricadas á golpes, especialmente entre las puntas de flecha y de lanza las hay de tal perfección que, por lo que toca á su eficacia, merecen ser colocadas al mismo nivel que las de hierro, pudiendo afirmarse que esta perfección se ha obtenido por otro procedimiento que por el trabajo común. Y en efecto del lago Superior y del río Savannah han llegado hasta nosotros tradiciones según las cuales había hombres hábiles que se ocupaban en fabricar puntas de flecha y de lanza para otros y de Georgia se dice también que los fabricantes de puntas de flecha que habitaban en las montañas hacían con sus productos el comercio de cambio hasta la costa. C. Lyon refiere hablando de los shastas que la fabricación de las puntas de flecha de obsidiana constituye entre ellos una industria que muy pocos de los muchos que la ejercen han logrado dominar á la perfección. Entre los apatsches cada tribu tenía una especie de taller para estos trabajos. Roger Williams refiriéndose al siglo décimoquinto dice de los indígenas de Rhode-Island: «Algunos se dedican exclusivamente á la fabricación de arcos, otros á la de flechas y otros finalmente á la de platos de tierra.» Existen también innumerables testimonios de que las artísticas pipas de los antiguos indios eran fabricadas por artistas especiales. Swan, hablando de los makates del cabo Flattery, dice

que algunos de ellos fabricaban el palo y la cabeza de los arpones para ballenas, otros hacían cables, etc.: «Aun cuando no había entre ellos profesiones perfectamente deslindadas, es lo cierto que los más hábiles se limitaban á un ramo determinado; así unos elaboraban mejor el cobre ó el hierro, otros eran mejores escultores, otros se distinguían en la pesca incluso en la de la ballena.» No deja de ser sorprendente el hecho de que muy cerca de este territorio, es decir en California, aparezca muy inferior el grado de desarrollo como lo prueban las pipas para tabaco para las cuales los californianos del Sud emplean simplemente un palo hueco, al paso que los hupos pulimentan un pedazo de madera de manzanilla ó de laurel que parece torneado y lo cubren de adornos que resultan muy sencillos si se les compara con las pipas de piedra de los indios de la Carlota. La arcilla para la fabricación de cacharros sólo se coge en Chiloe junto á Quetralmahue y sólo en Caullin se elabora; cierta clase de esteras únicamente se fabrican en el lago de Cuaco. De la misma manera cada costa de isla tiene su clase de pesca especial y algunos oficios están anexos á determinados lugares ó familias.

Hay algunas cosas en punto á ornamentación que recuerdan muestras extranjeras, especialmente peruanas y mejicanas; en los cacharros de los zuniis encontramos adornos en forma de meandro y muchos son los dibujos que recuerdan las obras maestras de la plástica en arcilla de los peruanos. Edwin Barber descubrió en las alfarerías de Pueblo reminiscencias griegas y egipcias antiguas, de lo cual deduce, poco oportunamente en este caso, que el espíritu humano puede crear las mismas cosas en distintos lugares. Con razón se ha dicho que la escasez de muestras onduladas y redondas son las características en los trabajos entrelazados y tejidos. Son muy notables los animales de piedra y arcilla, no tan fieles en los detalles como en la expresión general, que tan á menudo se encuentran en los mounds y que en su mayoría servían de cabezas de pipa. Estas generalmente representan algún animal siendo entre otros los más fielmente reproducidos el castor, la nutria, el ciervo, el oso, el lobo, el perro, la pantera, el lince, la vulpeja, el opossum, la ardilla y el manatí, siendo más frecuentes todavía las aves como el águila, el milano, el halcón, el buzo, el martín pescador, distintas clases de mochuelos, el cuervo, la golondrina, el papagayo, el pato y diversas aves acuáticas. Las imitaciones de tortugas son tan perfectas que Squier y Davis en sus «Monumentos del valle del Mississippi» dicen que cualquier observador desprevenido que encontrara en la hierba alguno de estos animales de piedra lo tomaría por natural. En la América del Sud estas cabezas son más raras; esto no obstante, recientemente se ha encontrado en Río Grande do Sul una pipa representando una cabeza de indio. El sentimiento artístico se halla á más bajo nivel en la mitad oriental de la América del Sud que en la occidental ó en la América del Norte, y únicamente las tribus del Amazonas con sus hermosos trabajos de pluma se elevan bajo este concepto muy por encima de sus vecinos. Muchas de las citadas esculturas son de pórfido y otras de un material muy parecido «á la famosa piedra roja de pipa» de *Côteau des Prairies* al Oeste del río San Pedro. Los americanos del Noroeste tienen en el territorio de Haidah una magnífica pizarra para sus delicadas esculturas de piedra valiéndose de ella para ejecutar los más fantásticos trabajos.

Es indudable que la decadencia de las artes indígenas se inició en el momento mismo en que los europeos pisaron las playas del Nuevo Mundo. Donde más claramente se vió esto fué en el Noroeste en donde las artes habían

estos objetos los mejor pulimentados son los mejicanos. Los adornos de los cacharros consistían generalmente en líneas geométricas grabadas, siendo la predilecta la línea en zig-zag: entre los orejones encontramos anchos vasos de gran belleza con originales líneas de esta clase trazadas por el indicado procedimiento, mereciendo también ser citados por Ihering los elegantes cacharros pintados de Río Grande do Sul. Además de la confección de cacharros á mano con la juxtaposición de tiras de arcilla, empleábanse también para esa fabricación los moldes de calabaza ó de cestas entrelazadas sobre los cuales se colocaba el barro, llegándose á confeccionar vasijas de 40 litros de cabida. Entre los guaranis se encuentran urnas funerarias en las cuales se depositaban los cadáveres. En los territorios del Norte aparecen también objetos caprichosos como pájaros y pequeñas canoas que indudablemente pertenecían al ramo de juguetes y en el Yucatán se han descubierto figuras de arcilla, modeladas á mano unas y sobre moldes otras, representando hombres ora vestidos ora desnudos y tatuados, que servían de carracas, de flautas y de títeres; también se han encontrado animales fabricados de la misma manera. No escasean las urnas rostrales cuya individualización permite á menudo suponer que son «urnas-retratos»; en las que Hart vió en la isla Marajó había encerrados algunos huesos. Los natchez nos presentan en esta industria una riqueza de formas y pureza de trabajo que ya vemos ensalzadas por el cronista de Soto, el caballero de Elvas, quien las compara con los objetos de arcilla de Naguatex y con los famosos productos de Montemor y de Estremoz, de Portugal. Entre las tribus occidentales los mandanes eran buenos alfareros y en la actualidad todavía fabrican los gauchos sus cacharros por el procedimiento indio.

Es un hecho interesante también la existencia de pueblos que si bien conocen algo ese arte no lo ejercitan. El nombre de los assiniboines significa literalmente «cocedores de piedra» y les fué aplicado por su costumbre de calentar los líquidos en pellejos por medio de piedras candentes, costumbre tanto más extraña si se tiene en cuenta que este pueblo es una rama de los siouxes, tan familiarizados con la alfarería, y vive junto á los mandanes que á tanta altura han sabido elevar este arte. También los indios californianos desconocían la alfarería; en sepulturas más modernas encontró Schumacher algunos objetos que denotaban una tentativa quizás promovidá por la presencia de modelos españoles, pero en cinco años de excavaciones se redujeron estos hallazgos á una tosca escudilla, á una urna deforme y á algunos fragmentos de pipas de tierra. Tampoco cultivaron la alfarería los americanos del Noroeste, tan hábiles en otras artes, cuya actividad artística é industrial tomó una dirección muy distinta gracias al empleo casi exclusivo de la piedra y sobre todo de la madera que esculpían de una manera admirable. Desconocen asimismo la alfarería los habitantes de la Tierra del Fuego, los chonos y los patagones, pueblos todos residentes en las comarcas meridionales de la América del Sud. La causa de la falta absoluta de este arte puede estribar en muchos casos en la excesiva abundancia de cortezas de calabaza que son muy á propósito para ser utilizadas como cántaros, vasos, platos, tazas y botellas. En cambio en el territorio meridional y central del Plata aparecen urnas funerarias de más de medio metro de alto y otro tanto de ancho destinadas á contener cadáveres enteros.

Los monitarris ó hidatsas se dedican, según W. Mathews, á la fabricación del cristal; este autor se inclina á atribuir gran antigüedad á esta industria de los indios. En la actualidad encontramos en aquel pueblo dos clases de pro-

ductos de cristal, á saber: grandes cuentas redondas ó elípticas y planchas ó dijes planos de forma triangular irregular barnizados por un solo lado y agujereados en uno de sus ángulos. Ya en 1804 cuando los arikarris y los mandanes empezaron á darse á conocer, decían Lewis y Clarke que los primeros fabricaban cuentas de cristal empleando para ellas no las primeras materias sino el polvo de las cuentas que obtenían del comercio con los blancos. «En la actualidad — dice Mathews — sigue prosperando esta industria aunque limitada á las planchas triangulares fabricadas con arcilla y revestidas de flujo.» Estas planchas triangulares se llevan como signo de desposorio, colocándose en la frente las muchachas que desde muy niñas han sido prometidas por sus padres á algún hombre. A Catlin le sorprendieron las cuentas de cristal azul que encontró entre los mandanes.

Al ocuparnos del traje hemos ya visto que en algunos puntos se fabrican excelentes tejidos. Los torteros de piedra ó de arcilla destinados á los husos pertenecen al número de los objetos con más frecuencia hallados en las Américas central y meridional, al paso que en la septentrional parece limitada su existencia en los territorios elevados del Oeste. El tejer es por regla general de la incumbencia de las mujeres, pero en algunas tribus de la Guayana encontramos este trabajo más repartido entre los dos sexos, pues mientras el hilado de los hilos de algodón para las hamacas corresponde á las mujeres que se valen para ello de un huso hecho con un palo de madera muy dura y un pedazo de hueso, los hombres están encargados de la confección de los cordones para los collares y de toda otra clase de hilos y guitas. Las mujeres de los galchaqués de Tucumán son citadas como excelentes tejedoras. El arte de tejer de los peruanos tenía sus ramificaciones en Chile del mismo modo que el de los mejicanos florecía en Nuevo Méjico y en Arizona. Pero los que más sobresalieron en esta industria fueron los americanos del Noroeste de quienes cita Cook como el producto mejor de su trabajo una tela fabricada con la corteza de una clase de pino previamente reducida á fuerza de golpes á una sustancia muy parecida al cáñamo: ésta era luego anudada para lo cual la trabajadora con hebras de hilo hacía nudos en el cáñamo, obteniendo de este modo unos hilos separados unos de otros cosa de media pulgada con los que se fabricaba una tela sino muy recia muy blanda y flexible. También eran hilados y tejidos los pelos de zorro y de lince pardo con los cuales se obtenían no sólo telas sencillas sino también embellecidas con multitud de adornos. El grueso de las telas era vario: «Algunas — dice Forster — se parecen á nuestras frisas más bastas; otras se aproximan á las clases más finas de nuestras flanelas á las cuales aventajan en suavidad y calor.» Este arte ha desaparecido también rápidamente, sobre todo en esas costas tan á menudo visitadas por tratantes en pieles y por pescadores.

Como plantas que producen cortezas para telas pueden ser citadas: el moral, el chopo, el tilo, el *Taxodium*, una especie de olmo (el *Slippery Elm* de los norteamericanos) y la *Asimina*, á las que se agregan en la América del Sud las especies de *Ficus*. Lloyd, en su descripción del istmo de Darien, dice que los indígenas fabrican con el jugo del cauchú una tela impermeable «siguiendo el mismo procedimiento que en Inglaterra.» Según Adair, los muskokis pintaban en sus telas vegetales tejidas animales y escenas de combates de diversos colores. En la costa noroeste de América no se emplea para la confección de las tan importantes guitas otro material que los tendones de animales, la corteza y los intestinos, á pesar de lo cual las cuerdas

de tendones trenzadas de cuatro cantos con que atan sus arpones reúnen las mejores condiciones que desearse pueden.

El arte de los trenzados (véase el grabado de la p. 49) es de incumbencia de las mujeres hasta la Tierra del Fuego. La confección de cestas impermeables es cosa corriente en muchas tribus: las cestitas así tejidas y en forma de platos de los moquis son seguramente las que Virchow encontró tan parecidas á los platos tejidos del Sudán que con facilidad podían confundirse con éstos. Los pimas saben tejer esta clase de cestas con intestinos y con corteza adornándolas con pinturas negras y encarnadas que recuerdan en parte los dibujos de sus cacharros. En California las delgadas fibras de las raíces de los árboles coníferos son una de las primeras materias para el arte del entrelazado que en este país sobresa en la confección de vasijas impermeables y de gorros semiesféricos con dibujos. Los cestos y las bolsas de entrelazado forman aquí, como entre los dajakes y otros malayos, parte del equipo de los guerreros.

El sistema de preparación de cueros que tienen los indios recuerda los métodos empleados por los hiperbóreos. Los norteamericanos saben ablandar las pieles sin quitarles el pelo: para ello comienzan por tenderlas bien estiradas á la sombra y por frotarlas con una mezcla de orines frescos de búfalo y arcilla conservándolas húmedas durante muchos días; luego las frotran con seso y finalmente las secan y rascan ó las ablandan pasándolas repetidas veces sobre un pedazo de madera y las exponen á la acción del humo. En el Misuri y entre los ankas de la América del Sud encontramos el mismo rascador en forma de cuchara con dientes clavados en su cara delantera. Los gauchos de la América meridional no curten aún las pieles que para tantos fines necesitan y llevan todavía sus antiguos macasines de piel á los cuales dan forma dejándolos secar en los pies. La noticia de Schoolcraft de que los dakotas curten con corteza de roble se explica con razón partiendo del principio de que lo hicieron así por excitación de los blancos.

Ojeando simplemente los productos de la actividad artística de los indios se ve que hubo de existir en estos pueblos cierta división del trabajo. Carlos Rau ha hecho notar que entre las armas de piedra fabricadas á golpes, especialmente entre las puntas de flecha y de lanza las hay de tal perfección que, por lo que toca á su eficacia, merecen ser colocadas al mismo nivel que las de hierro, pudiendo afirmarse que esta perfección se ha obtenido por otro procedimiento que por el trabajo común. Y en efecto del lago Superior y del río Savannah han llegado hasta nosotros tradiciones según las cuales había hombres hábiles que se ocupaban en fabricar puntas de flecha y de lanza para otros y de Georgia se dice también que los fabricantes de puntas de flecha que habitaban en las montañas hacían con sus productos el comercio de cambio hasta la costa. C. Lyon refiere hablando de los shastas que la fabricación de las puntas de flecha de obsidiana constituye entre ellos una industria que muy pocos de los muchos que la ejercen han logrado dominar á la perfección. Entre los apatsches cada tribu tenía una especie de taller para estos trabajos. Roger Williams refiriéndose al siglo decimoquinto dice de los indígenas de Rhode-Island: «Algunos se dedican exclusivamente á la fabricación de arcos, otros á la de flechas y otros finalmente á la de platos de tierra.» Existen también innumerables testimonios de que las artísticas pipas de los antiguos indios eran fabricadas por artistas especiales. Swan, hablando de los makates del cabo Flattery, dice

que algunos de ellos fabricaban el palo y la cabeza de los arpones para ballenas, otros hacían cables, etc.: «Aun cuando no había entre ellos profesiones perfectamente deslindadas, es lo cierto que los más hábiles se limitaban á un ramo determinado; así unos elaboraban mejor el cobre ó el hierro, otros eran mejores escultores, otros se distinguían en la pesca incluso en la de la ballena.» No deja de ser sorprendente el hecho de que muy cerca de este territorio, es decir en California, aparezca muy inferior el grado de desarrollo como lo prueban las pipas para tabaco para las cuales los californianos del Sud emplean simplemente un palo hueco, al paso que los hupos pulimentan un pedazo de madera de manzanilla ó de laurel que parece torneado y lo cubren de adornos que resultan muy sencillos si se les compara con las pipas de piedra de los indios de la Carlota. La arcilla para la fabricación de cacharros sólo se coge en Chiloe junto á Quetralmahue y sólo en Caullin se elabora; cierta clase de esteras únicamente se fabrican en el lago de Cuaco. De la misma manera cada costa de isla tiene su clase de pesca especial y algunos oficios están anexos á determinados lugares ó familias.

Hay algunas cosas en punto á ornamentación que recuerdan muestras extranjeras, especialmente peruanas y mejicanas; en los cacharros de los zuniis encontramos adornos en forma de meandro y muchos son los dibujos que recuerdan las obras maestras de la plástica en arcilla de los peruanos. Edwin Barber descubrió en las alfarerías de Pueblo reminiscencias griegas y egipcias antiguas, de lo cual deduce, poco oportunamente en este caso, que el espíritu humano puede crear las mismas cosas en distintos lugares. Con razón se ha dicho que la escasez de muestras onduladas y redondas son las características en los trabajos entrelazados y tejidos. Son muy notables los animales de piedra y arcilla, no tan fieles en los detalles como en la expresión general, que tan á menudo se encuentran en los mounds y que en su mayoría servían de cabezas de pipa. Estas generalmente representan algún animal siendo entre otros los más fielmente reproducidos el castor, la nutria, el ciervo, el oso, el lobo, el perro, la pantera, el lince, la vulpeja, el opossum, la ardilla y el manatí, siendo más frecuentes todavía las aves como el águila, el milano, el halcón, el buzo, el martín pescador, distintas clases de mochuelos, el cuervo, la golondrina, el papagayo, el pato y diversas aves acuáticas. Las imitaciones de tortugas son tan perfectas que Squier y Davis en sus «Monumentos del valle del Mississippi» dicen que cualquier observador desprevenido que encontrara en la hierba alguno de estos animales de piedra lo tomaría por natural. En la América del Sud estas cabezas son más raras; esto no obstante, recientemente se ha encontrado en Río Grande do Sul una pipa representando una cabeza de indio. El sentimiento artístico se halla á más bajo nivel en la mitad oriental de la América del Sud que en la occidental ó en la América del Norte, y únicamente las tribus del Amazonas con sus hermosos trabajos de pluma se elevan bajo este concepto muy por encima de sus vecinos. Muchas de las citadas esculturas son de pórfido y otras de un material muy parecido «á la famosa piedra roja de pipa» de *Côteau des Prairies* al Oeste del río San Pedro. Los americanos del Noroeste tienen en el territorio de Haidah una magnífica pizarra para sus delicadas esculturas de piedra valiéndose de ella para ejecutar los más fantásticos trabajos.

Es indudable que la decadencia de las artes indígenas se inició en el momento mismo en que los europeos pisaron las playas del Nuevo Mundo. Donde más claramente se vió esto fué en el Noroeste en donde las artes habían